



Lo imaginario: un estudio

Jorge Belinsky
Nueva visión, Buenos Aires, 2007

En *Lo imaginario: un estudio* ensaya Belinsky a recuperar del concepto lo perdido tras su paso por el estructuralismo, a partir de nociones límite de Lévi Strauss o de Lacan como significante flotante –*maná*– u objeto *a*.

En el instante recupera lo imaginal su auténtico estatuto, más allá del concepto de código actual, como espacio intermedio donde nacen los sueños que atraviesan la indeterminación.

En su introducción delimita Belinsky tres usos tradicionales del término: como código de representación ligado a la memoria –Aristóteles– como demiurgo cuya materia es lo posible –Platón– o bien como *topos*, espacio intermedio y mediador –a través del concepto platónico de *Khôra*.

El psicoanálisis, ya a comienzos del siglo XX, ligaría las funciones psíquicas a los estados de conciencia estableciendo el nexo entre la imaginación y un estado de conciencia flotante más adecuado a la asociación y el trabajo onírico que a la vida de vigilia.

Durante el siglo XX el estructuralismo incluye el concepto en el marco del estructuralismo lingüístico, como formato de representación, mientras la fenomenología y el existencialismo –derivaciones no menos kantianas– se interesan por el tipo de conciencia capaz de imaginar hasta el punto de consistir para Sartre en el libre ejercicio de la misma conciencia.

Reverberación de las alas

AMAYA ORTIZ DE ZÁRATE
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Un hito fundamental en la rígida concepción de la estructura como responsable de la función simbólica será el pensamiento seminal de Gastón Bachelard quien introduce en ella el movimiento a través de la función poética imaginativa.

En el capítulo tercero Belinsky retoma el concepto de *mana* levistraussiano; significante flotante –de valor simbólico igual a cero– cuya indefinición delata su carácter de símbolo puro.

El concepto de significante flotante es deudor de la obra de Marcel Mauss así como también resulta cercano al concepto de Jakobson de fonema cero. Un fonema cero se opone al resto porque no posee valor diferencial constante y su única función es oponerse a la ausencia de fonema. Lévi-Strauss sostiene así la capacidad creadora del significante *mana* que puede serlo todo en tanto no es nada. El vacío sería imprescindible a la creación, generando un campo potencial de sentido inseparable de la creación y la producción mítica, por oposición al conocimiento científico.

Paradoja del paradigma estructuralista, el concepto imprescindible para salvaguardar su productividad es al mismo tiempo contrario a su ley fundamental –ningún elemento perteneciente a la estructura debería remitir al exterior.

El concepto de significante flotante lleva a Belinsky a plantear la controversia fundamental del estructuralismo: para que exista dimensión creadora es preciso el poder creador del significante vacío.



Así como el pensamiento científico es continuo, el discursar simbólico –y habría que decir, auténticamente productivo- es discontinuo.

O lo que es lo mismo, la dimensión creadora dependería de la existencia de un Sujeto construido en el campo del Otro, que para Lacan no es otra cosa que el conjunto de los significantes. Ese conjunto está completo y sin embargo no podría funcionar sin la existencia de un ingrediente extra: el fonema cero de Jakobson, el significante flotante de Lévi-Strauss, o una falta interior al sistema capaz, en cualquier caso, de afectarlo y movilizarlo en su totalidad.

Para ello habría que incluir en la estructura algo que bajo la apariencia de un significante no lo es.

Para explicar el concepto de sujeto en Lacan –un significante es lo que representa al sujeto para otro significante– Belinsky apela al concepto de primeridad de Peirce. El sujeto es pues unidad en sí, en términos de Peirce; la estructura dual sería secundaridad y la terceridad surge como producto de la relación entre los anteriores sujeto y estructura.

Para que los significantes signifiquen al sujeto, soporte de la estructura, es preciso que al menos uno de los que la conforman la trascienda, Lacan llama a este operador Significante de la ausencia del significante flotante. Para Belinsky se trata de un simulacro de significante. El sujeto sería en realidad un operador fetiche cuyo poder reside en su libertad para reemplazar a cualquier significante posible.

Si comparamos la propuesta deconstruccionista de Lacan con la clásica de Sócrates, observamos que el Sujeto ocupa en ésta la posición inversa, no es el pri-

mero sino el cuarto y último en la serie de las causas. Para Sócrates la causa primera es lo ilimitado –que podría corresponder a lo Real lacaniano; la dualidad la introduce el límite –la barra del significante como en Peirce o Lacan. El Sujeto sólo aparecería como cuarto elemento de la serie, tras lo limitado –que en terminología lacaniana podría equivaler a lo imaginario aun cuando constituye el mundo estructurado inauguralmente por la diferencia sexual. Aunque en íntima conexión con lo ilimitado y como cierre de la serie, se sitúa el sujeto que realiza la limitación y que no puede ser concebido sino como resultado del lenguaje.

Rastreando el concepto lacaniano de lo imaginario, observa Belinsky la existencia de distintos periodos. En 1953, en *Función y campo del lenguaje en psicoanálisis*, se postula la prioridad de lo simbólico frente a lo imaginario, posición que continua en 1957 con *La instancia de la letra en el inconsciente* y culmina en 1960 con *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo*. Sin embargo, aclara el autor, durante todo ese tiempo la importancia del objeto *a* que va a subvertir la relación entre lo simbólico y lo imaginario no deja de aumentar. Hasta el punto de que el significante que establece una relación más estrecha con el sujeto, aquel capaz de nombrarle, en opinión de Belinsky se convierte en el significante simulacro por excelencia. El lenguaje se abisma pues sin remedio en su dimensión imaginaria.

Observa agudamente Belinsky que unida esta presencia primera de un simulacro de significante a la exclusión del significante flotante, el universo simbólico se vuelve cada vez más inestable.

Como contrapunto apela el autor a Deleuze, en cuya crítica al estructuralismo postuló para toda estructura un lugar

vacío que permitiera la total articulación, una suerte de casilla vacía equivalente para el lenguaje al Sujeto –capaz de amar trascendiendo al objeto. Este vacío esencial o esta pérdida inaugural funda lo simbólico y no puede ser rellenado para una estructura dinámica.

En 1975 Cornelius Castoriadis publica *La institución imaginaria de la sociedad*. Supone la reacción contra el estatuto de lo imaginario como potencia subordinada a lo simbólico en el estructuralismo lacaniano y en los modelos estructuralistas en general.

Para Castoriadis lo imaginario es una potencia creadora que reintroduce en el lenguaje la dimensión diacrónica. Un signo sólo puede emerger de otra cosa, sobre un fondo diferente a un signo –y Belinsky ve en su defensa de lo imaginario un homenaje al significante flotante de Lévi-Strauss: sólo ese fondo explicaría el devenir del signo más allá de los significados concretos y lo inesperado de aquello a lo que puede conducir.

La relación de lo imaginario de Castoriadis con la función poética también procede de Jakobson. En definitiva lo imaginario podría ser nada menos que la clave en la articulación entre lo real y lo simbólico.

Defiende por último Belinsky la aproximación indirecta como estrategia de conquista tal y como es practicada por Le Goff, historiador medievalista, al abordar lo imaginario.

Para Le Goff lo específico de lo imaginario es su carácter de espacio intermedio y sus producciones transitorias. Añade a los tres lugares lacanianos un cuarto, el de lo ideológico, con el que rescata para el concepto de lo imaginario su

potencia creativa como lugar intermedio –ya sea como purgatorio, limbo o espacio de tránsito.

Esta capacidad transformadora o volátil de lo imaginario garantizaría la supervivencia de la estructura y posibilitaría el cambio.

Una vuelta más de tuerca exigiría desvincular la función imaginaria del código representacional en imágenes, no imprescindible a la actividad imaginadora misma. La imaginación puede trabajar con códigos diferentes.

Foucault vinculó lo imaginario a lo onírico definido como revelación o iniciación en el eje originario que une muerte y nacimiento. La imaginación queda pues unida indisociablemente a aquello capaz de conciencia, a la aspiración al ser como conciencia.

Tránsito entre la luz y las tinieblas. Esa tensión es la clave de la creación para el poeta, al servicio de la ampliación de la conciencia.

En el capítulo décimo retorna Belinsky a Lévi-Strauss, y a su concepto de significante flotante en relación con el de objeto *a* de Lacan a través de la aportación de Hjelmslev, quien subraya la importancia, en la conformación de un signo, del modo en que la forma se imprime en la materia o sustancia que modela. Además de la forma y la sustancia, introduce un término tercero, el *mening*, que tiene que ver a la vez con la materia y el sentido. La forma modela la sustancia pero la materia resulta en cierto modo irreductible e inseparable del sentido. Un vector material atraviesa el signo.

Pero más que con el cuerpo propio sosteniendo el sentido del signo, Belinsky lo

pone en relación con *La cosa*, el significante del objeto primordial en Lacan –que sería el cuerpo de la madre.

La serie de los objetos que de él parten –la nada, en lugar del dolor, la mirada y la voz– remitiría a un primer objeto perdido, el objeto *a*, que Belinsky ensaya a hacer equivaler al significante flotante de Lévi-Strauss. Una entidad que en el ámbito de lo real cumple la función de simulacro de objeto como el Significante flotante jugaba el papel de cualquier significante en el plano simbólico.

El mito lacaniano del origen del objeto *a* se aleja así del mito clásico del nacimiento de Venus, en el que la presencia del pensamiento resulta indisoluble al erotismo –Venus nace de la cabeza de Zeus, como dolor inevitablemente unido al pensamiento.

En el nacimiento del objeto *a*, en cambio, ni el pensamiento ni el lenguaje preciso tienen papel alguno ante el esplendor absoluto de *La Cosa*.

Después, tras cualquier objeto imaginable aguardará ese objeto *a* del que constituye la máscara. Su constante fluir le parece a Belinsky equivaler al fluir pulsional.

El objeto *a* se configura así como cuarto elemento que completa la tríada Real, Imaginario y Simbólico. Es el fluir libidinal mismo, la libido sin objeto, o el deseo de nada.

Observa el autor cierta correspondencia entre este objeto *a* y el *mening* de Hjemlev, potencia intermedia entre lo objetual y lo significante.

Lévi-Strauss añadió un cuarto elemento a los tres primeramente señalados –lenguaje, música y mito– al introducir las matemáticas. Así como la música da cuenta del sonido, que satura por detracción del sentido, en el mito lo que satura es el sentido en ausencia de sonido. Sonido y sentido son los dos polos del eje que une música y mito constituidos en opuestos.

Los entes matemáticos, opuestos del lenguaje capaz de conjugar sonido y sentido, carecen de materialidad y no precisan encarnación o realidad alguna. Son signos puros sin necesidad de sonido o sentido.

Belinsky realiza finalmente una elección: reconociendo en la deriva lacaniana respecto al objeto *a* dos lecturas excluyentes, la noción primera del objeto *a* como cuerpo y la última, más matemática, como silencio, cero o nada, opta por el cuerpo, lo que le permite enlazar mejor con el imprescindible significante flotante de Lévi-Strauss.

La estructura se reproduce siempre idéntica a sí misma ya que su primera ley consiste en conservarse. Sólo la promesa permitiría introducir la novedad, la renovación, la creación. Esa es la dimensión propia de la imaginación que introduce el movimiento en la estructura.

Aunque, reconoce Belinsky, lo habitual es que la transformación no se produzca y la estructura se perpetúe idéntica a sí misma.

Sin embargo, la promesa fluye a veces a través de la ley –la buena ley– permitiendo el devenir del relato.